

CUBA
**Participación en la revolución y en
su transición**

Francisco León
Elaine Acosta

Síntesis.

Nuestro estudio partir de una noción amplia de participación que permita situarla en un contexto de democracia popular o socialista y no excluya el referente a la ciudadanía, hemos analizado los modelos de participación en la revolución (1959-1971) y en su transición (1987-actual), incluyendo el período de institucionalización revolucionaria (1972-1986). El contrapunto entre dichos períodos permitirá identificar el ideal de participación revolucionaria más permanente en dirigentes y dirigidos, así como su compromiso pragmático en el contexto de inserción en el campo socialista y en el de la desaparición del mismo. E, igualmente, revelar cómo en el contexto actual la participación vuelve a ser decisiva, pero ahora como eje fundamental en el rediseño del proyecto mismo, al erigirse como posible articuladora de la pluralidad de intereses y grupos que cada vez con más fuerza muestra la sociedad cubana de nuestros días. La vinculación de la participación con la democratización aparece así como una opción a considerar, en tanto se le valora como una vía de enormes potencialidades de democratización y mejoramiento de la sociedad.

1. Ideología y participación en la revolución.

La revolución cubana, primordialmente en su primer decenio, constituyó y aún constituye un referente importante de la cultura política latinoamericana. Para muchos, esos fueron años en que un pueblo realmente hizo su historia, transformando las bases mismas del orden pre-existente. De ese modo generó una serie de rupturas y cambios en todas las esferas de la realidad social al subvertir los valores de toda una sociedad.

En el período previo al triunfo, un pueblo escéptico contempló la incapacidad de una dictadura y de la mayor parte de la clase política para salir del impasse político y restablecer la democracia representativa quebrantada en 1952 y, la increíble aventura insurreccional de un reducido grupo de guerrilleros contra unas fuerzas armadas tan imponentes como corruptas y practicantes de terror. Sin embargo, la subversión fue posible por la existencia de un consenso de cambio, que apoyó y sustentó la vía revolucionaria a fines de los cincuenta en Cuba, y que traía consigo no sólo las ansias de liberarse de una dictadura –como suele pensarse– que a la mayoría molestaba en términos políticos, sino también por los frenos que ésta ponía a las ansias de movilidad social, espacio, bienestar económico, así como los reclamos de moralización social que la sociedad cubana había acumulado durante su existencia republicana.

La historia es conocida, el fracaso de una redemocratización vía electoral o negociada en noviembre-diciembre de 1958 culmina con la huida del dictador y sus más cercanos colaboradores junto al desmoronamiento de su organización militar y política, posibilitando a unos pocos miles de

guerrilleros armados y de resistentes urbanos ocupar las posiciones militares y generar un gobierno. Revisemos ahora el proceso de participación popular que entonces se inicia.

En un país paralizado por la desaparición del gobierno y la operatividad de su aparato militar, reemplazados por un gobierno provisional en una capital también provisional (Santiago de Cuba) y un contingente armado informal y heterogéneo (Ejército Rebelde, Directorio Revolucionario, Tercer Frente del Escambray), la dirigencia revolucionaria decide convocar a una huelga general y comenzar una lenta marcha hacia la capital del núcleo director del Ejército Rebelde e iniciar la instalación del gobierno provisional. Sus decisiones permiten al común de los cubanos participar, simbólicamente en la "derrota" de una dictadura descabezada y desmoronada, y en la celebración del triunfo saliendo a las calles a conocer y felicitar a los barbudos combatientes y acompañando a su paso y en su avance hacia la capital al jefe del ejército rebelde, comandante Fidel Castro y sus fuerzas acompañantes.

Nos detenemos en ese momento inicial por contener dos elementos claves del proceso que se inicia: la posibilidad de participación masiva y gratuita al triunfo político-militar y el establecimiento de un diálogo a través de los medios de comunicación y en la plaza pública del líder insurreccional con la población. A través del primero, las grandes mayorías pueden hacer suyo el triunfo de unos pocos; con el segundo se instaura una práctica de participación, conducción y legitimación política.

Gracias al consenso de cambio existente previo al triunfo, la Revolución convierte al cubano de espectador en actor y, al hacerlo protagonista del cambio, transforma la ilusión participativa en participación activa; el escepticismo –característico de la República- en confianza política y las vagas expectativas de cambio en determinaciones bien concretas. Por ello es posible afirmar que la transformación del espectador en participante es el logro central de la estrategia de movilización del gobierno durante el decenio de 1959-1969.

La entrega de las alianzas matrimoniales y otros objetos de oro y plata así como de divisas extranjeras para apuntalar la economía y, la movilización sobre la reforma agraria bajo el lema "La reforma agraria va" que las familias colocaban en la entrada de sus casas, asoció a los responsables del gobierno y la economía con las familias en la cuasi inmediata aplicación de la ley dictada en el primer semestre de 1959. Estos hechos constituyen hitos capitales de un proceso de participación al que se sumarán seguidamente la reforma urbana, la organización de las milicias populares y de los comités de defensa de la revolución, las campañas de producción azucarera y de alfabetización, la reforma educativa, para solo recordar algunas de las más conocidas.

Los nuevos valores que traía la Revolución lograron ser asumidos por medio de la participación, la que devino automáticamente imperativo, lográndose así la apropiación de la Revolución, lo que se aprecia de manera muy nítida en la asunción colectiva de la defensa del país. La práctica más usual para ello fue la movilización masiva acompañada de una definición – que por lo general no era impuesta, sino que partía del propio sujeto en sus ansias de asociarse a la Revolución- frente a los miembros de su comunidad y centros de trabajo en favor de la revolución (*¡hay que definirse, compañero!*). En consecuencia, no se tomaba parte en la actividad política como miembro de un partido sino en tanto *revolucionario*, como exponente de una condición por medio de la cual todos eran iguales.

Difícilmente alguien podía permanecer ajeno, pues corría el riesgo de quedar marginado

de la dinámica de la actividad social, posición bastante embarazosa en un proceso revolucionario que lo que más exige es actividad. Quienes se “rezagaban” o sencillamente no participaban, devenían automáticamente “enemigos”, que significaba lo mismo que estar en contra, y para éstos cada vez se iba haciendo más restringido el espacio social en que manifestarse.

El *revolucionario* reemplaza así al ciudadano de las democracias representativas. El buen revolucionario es miembro del comité de defensa, de las milicias, participa en la zafra y otros trabajos voluntarios, la campaña de alfabetización, en su sindicato o en la asociación nacional de agricultores pequeños (ANAP) y en los comités de producción e, inclusive, puede ser miembro de las organizaciones políticas unitarias que se irán sucediendo durante los primeros años (Organizaciones revolucionarias integradas, Partido Unico de la Revolución Socialista).

De esa forma la participación que transcurría, en lo fundamental, a través de una serie de organizaciones territoriales o sectoriales, además de las funciones de integración y apoyo, permitieron un involucramiento masivo que tuvo una función educativa y de desarrollo de un sentido de pertenencia, a la vez que se constituía en vehículo de difusión de la *ideología revolucionaria*. La noción de participación comienza a transformarse así con la Revolución, pues son precisamente estas organizaciones –nuevas que se bautizan “revolucionarias” y viejas que asumen este apellido- formadas por los múltiples actores del momento las que canalizan la participación directa del sujeto, coincidiendo la disolución de los partidos políticos y de las organizaciones pre-existentes con su obsolescencia o limitada vigencia entre la población hasta el momento marginada.

Pasados apenas unos meses del triunfo, el sujeto puede apreciar que la Revolución ha hecho infinitas y sorprendentes cosas en un lapsus bastante corto de tiempo. La igualdad de acceso a esas formas de participación tiene lugar en un contexto de homogeneización social y económica generado por la drástica reducción de las diferencias de ingresos laborales puestas en práctica a partir del mismo 1959, y la introducción de la libreta de racionamiento para la distribución de la cuasi totalidad de los bienes de consumo. Junto con ello se procedió a la expropiación de las tierras, viviendas y propiedades, en general, para su distribución a la población o la constitución de empresas estatales, terminando así con las diferencias de ingresos asociados a las utilidades de la tierra y de propiedades urbanas. Prácticamente toda persona y hogar tuvo la oportunidad de cambiar a través del proceso de movilidad social, su nivel educativo y ocupacional, su ubicación espacial, su inserción en la organización cívica, sindical, militar y política nacional; generalmente, en forma ascendente en la escala social, la trama urbano-rural y en el sistema de relaciones de poder.

Para algunos analistas este proceso de participación no fue más que un mecanismo de masificación que destruyó o limitó en extremo la posibilidad de personalización o individualización social. Quienes así piensan parten del punto de llegada o saldo de la primera década de gobierno revolucionario y le atribuyen a este un proyecto masificador desde su llegada al poder. Difícilmente la mirada a posteriori puede reconocer que una Revolución es más que un “objeto histórico”, juzgado a la luz del presente. La Revolución clama –y son pocas las que han experimentado ese privilegio- por ser entendida no sólo como un fenómeno actuado sino, y en la misma medida, “padecido” a través de la modificación de actitudes, comportamientos, sueños, hasta la misma cotidianidad. La Revolución fue por sobre toda las cosas un suceso que la gente “vivió”, y por la naturaleza de los cambios que generó, los individuos sintieron, con diversos grados de intensidad,

que su realidad habitual está cambiando. Ella representó para todos, o casi todos, un corte en sus vidas que se experimentó muy profundamente.

Es por ello que aún reconociendo que al finalizar la década, la creación de las unidades militares de apoyo a la producción nutridas con decenas de miles de disconformes (homosexuales, artistas, sacerdotes, etc.), la limitación ideológica de la libertad de creación artística -bien conocida a través del caso Padilla- y de la educación superior de los creyentes religiosos, la operación "timbiriche" con la que se suprimió a los comerciantes detallistas artesanos y trabajadores urbanos independientes, para citar las medidas más destacadas, muestran un proyecto sistemático de limitación extrema de la individualización social y de los espacios de organización y acción colectiva autónomas de la población. Sin embargo estas medidas de impacto masivo fueron adoptadas precisamente contra manifestaciones o prácticas, como la libertad de creación artística, reconocidos entre los principales logros del proceso revolucionario por el propio gobierno. Fueron medidas contra procesos como la ampliación del acceso a la creación artística al conjunto de la población, incluyendo figuras símbolo como Reinaldo Arenas, homosexual e iconoclasta surgido de las capas pobres del campesinado.

Resulta un contrasentido hablar de falta de desarrollo y realización personal en una década en que la educación se hace accesible en todos sus niveles, sin restricción de edades ni exclusión racial, cambiando con ello el perfil educativo de la población en edad escolar y adulta además de duplicar el número de años de escolaridad. Todo esto sin mencionar la realización que significó para el campesinado pobre el acceso masivo a la propiedad de la tierra, la universalización de la propiedad de la vivienda en un país donde la renta urbana era una fuente importante de ingresos, así como los espacios abiertos a la movilidad social por la migración masiva de los afectados y disconformes con el proceso revolucionario alentada por los programas de salida, acogida y apoyo desarrollados por las sucesivas administraciones norteamericanas.

Instituciones como los comités de defensa y la libreta de racionamiento, que constituirán piezas angulares del sistema de control totalitario, surgieron en años donde la guerra y subversión de origen externo y la crisis económica directamente relacionada con el embargo económico- que afectó de golpe a más del 75% del comercio exterior en una economía abierta como la cubana- hicieron que las personas asociaran sus problemas de inseguridad y de escasez de alimentos y bienes de primera necesidad a la agresión y sanciones externas. O sea, emergieron en un contexto donde la población las legitimó porque le permitían paliar sus problemas cotidianos.

Finalmente, mal podría hablarse de un proyecto de masificación ejecutado desde el comienzo del gobierno revolucionario cuando las medidas iniciales del mismo fueron propuestas e impulsadas por Felipe Pazos desde el Banco Central y Humberto Sori Marín en la comisión de leyes revolucionarias, los cuales pagaron con el exilio y el fusilamiento su oposición al gobierno en los primeros años la década. Lo mismo puede decirse de instituciones como las milicias que surgieron en la Universidad de la Habana con autonomía inicial antes de quedar subsumidas en las milicias nacionales. Mal podría compararse el surgimiento de la hasta entonces *suigeneris* institucionalidad socialista de la revolución cubana con los proyectos de socialismo a la soviética desarrollados en la Europa del este después de la segunda guerra mundial, a pesar de que en Cuba estuvieron y participaron en el desarrollo de su socialismo en los años sesenta figuras tan centrales en el desarrollo de las milicias en otras experiencias socialistas como el español Enrique Lister, y algunos de los hacedores de los sistemas socialistas este europeos.

El espíritu que impulsó el proceso de participación masiva tiene raíces y expresiones libertarias que recogió Wright Mills en su *Escucha Yanki* y continuó vigente en polémicas de la mayor parte de la dirigencia del gobierno defendiendo los incentivos morales contra los materiales, propuestos por la ortodoxia de avanzada del socialismo internacional (Betelheim) o del criollo (Carlos Rafael Rodríguez). Es imposible entenderlo sino se tiene en cuenta lo que puede haber experimentado la inmensa mayoría de los cubanos que vieron en pocos meses todo su mundo trastocado, y en medio de ese torbellino empezaron a ser diferentes, casi sin quererlo, por su propia participación en la Revolución. Es una realidad donde a mediados de 1960 pueden distinguirse cambios trascendentales en la sociedad política y el claro inicio del rediseño de la sociedad civil, que permiten que el cubano exhiba un protagonismo social que no había experimentado nunca. Con la Revolución el sujeto por primera vez no se encuentra solo, sino que sus expectativas van tomando sentido dentro de la utopía cada vez más realizable que sostiene a la nación entera. El sujeto se reconoce como parte de un pueblo identificado con su gobierno, y es a través de la interacción cotidiana con el discurso revolucionario que va asumiendo espontáneamente los nuevos significados que trae consigo el proceso.

Si el ambiente revolucionario propicia cada vez con más fuerza una participación política en mucho le debe a la modalidad de comunicación, conducción y legitimación política desarrolladas desde el inicio, e íntimamente relacionadas con el liderazgo de Fidel Castro. Su talento excepcional en la conducción de masas es heredero de su militancia en el Partido Ortodoxo, agrupación política que dio al país varios de los comunicadores políticos más exitosos de su historia y, tal vez los primeros en la era de la comunicación de masas, como fueron Chibás y Pardo Llada, para citar los más destacados. #Su originalidad fue la de combinar el papel de comunicador de masas con la utilización de su propia figura como objeto de atracción de los medios de comunicación desde la famosa entrevista con el New York Times en los meses iniciales en la Sierra Maestra cuando lo daban por muerto. Fidel Castro, como Chibás, dialogaba diariamente con su audiencia, discutiendo largamente cada situación y decisión, informando y formando. Pero, a diferencia de Chibás, su audiencia saltó de unos pocos miles a través de Radio Rebelde al conjunto de la población en cadena nacional de radio y televisión; y, lejos de tener que defenderse de los medios supo tenerlos a su disposición siendo una noticia permanente.

Ese papel de comunicador le permitió hábilmente utilizar toda la inteligencia y capacidad innovadora a su alrededor para hacerla suya en el diálogo cotidiano con la población. Fruto de ese diálogo su audiencia se sentía informada, consultada y participando en las principales decisiones de la dirigencia revolucionaria, personificada en el que pronto quedaría consagrado como el Máximo Líder de la revolución. La imagen de la Plaza José Martí, rebautizada como Plaza de la Revolución, llena de cientos de miles de cubanos unidos a la voz y el razonamiento de su líder será un símbolo de lo que algunos ya señalaban como la cristalización de la participación democrática directa.

Es a través de la propia participación que el sujeto establece identidades del tipo Patria=Revolución=Fidel, que se erigen como fuertes argumentos, si bien no los únicos, que explican la pronta cohesión que muestra la Revolución Cubana. Tales identidades, junto a la transformación valorativa que las hizo posible conllevan la homogeneización y aceptación plena del discurso revolucionario, que como tendencia ocurre a todos los niveles.

La formación y desarrollo de una *ideología revolucionaria*, que actúa como cimiento aglutinador de la sociedad, conformando expectativas individuales y sociales, permitió la

reproducción de los valores *revolucionarios* generados, como premisa y resultado del cambio. Dichos valores continuaron reproduciéndose, con distintos matices, en el período de institucionalización de la revolución.

2. La participación en la institucionalización de la revolución.

El fracaso en 1970 de la zafra de los Diez Millones de toneladas de azúcar que el gobierno y su líder máximo propusieron a mediados de la década de 1960, convirtiéndola en el objetivo prioritario del trabajo voluntario, marca un hito de cambio en el proceso de participación. La autocrítica de Fidel Castro, deja en claro los límites del voluntarismo que llevó a descuidar prácticamente el resto de las actividades productivas nacionales y la infraestructura no cañera para lograr la multimillonaria zafra. La autocrítica abre el camino a años de reflexión y búsqueda donde estarán presentes los gérmenes del nuevo rumbo y los elementos componentes del proceso de participación que lo caracterizará.

Sin embargo, sería un error considerar el proceso de institucionalización de la revolución y la formalización del alineamiento económico y político del régimen cubano en el campo socialista como las consecuencias inmediatas del mismo. Las terribles consecuencias económicas y financieras del fracaso de la zafra de los Diez Millones dieron a la Unión Soviética una oportunidad de aprovechar la debilidad de la economía y del gobierno cubano para lograr una formalización del alineamiento a su gusto; y, apoyar al creciente bando de los partidarios de la institucionalización de la revolución en el país hasta alcanzar ese objetivo. Sin embargo, estos logros costarán a sus propulsores años de resistencia y de ensayo de estrategias internacionales y políticas internas alternativas, que coexistirán durante el período de institucionalización revolucionaria y de formalización del alineamiento internacional.

De esos años de reflexión destacan la búsqueda de hacer de la construcción del socialismo y del comunismo un camino único a través de la producción del *hombre nuevo* y, algunas reformas económicas orientadas a reducir la necesidad del uso del dinero; unido a una estrategia internacional específica a Cuba y capaz de aumentar su poder de negociación dentro y fuera del campo socialista; y, obviamente, un modelo institucional y una estrategia de implantación del mismo, capaces de integrar instituciones y prácticas básicas del período revolucionario con los de la nueva institucionalidad.

La reflexión sobre el *hombre nuevo*, de origen guevarista, toma cuerpo al atribuírsele un peso decisivo a las fallas humanas en el fracaso de la zafra de los Diez Millones. Era necesario producir un ser humano radicalmente distinto y superior, sin contaminación del pasado y alimentado en los valores *revolucionarios*, para poder dar el salto cualitativo en la capacidad de hacer la historia del pueblo cubano. Y, como esa historia sería la de la construcción del socialismo, congruentemente con el voluntarismo propio al líder máximo y su entorno mayormente neo-marxista, era necesario hacer más y en menor plazo que rusos, chinos y, obviamente que este europeos. El objetivo no podía ser menos que hacer de la construcción del socialismo y del comunismo un camino único, un proceso simultáneo.

El *hombre nuevo* fue igualmente introducido en la escuela de "camilitos", proyecto de formación de oficiales desde la cuna, puesto en marcha por las Fuerzas Armadas Revolucionarias en el segundo lustro de la década de 1960. Y, en alguna medida, el proyecto de la Isla de la Juventud, donde se intentó hacer un experimento de desarrollo en base al aporte de jóvenes no

comprometidos con ningún pasado. A partir de esos y otros referentes va a montarse un esquema institucional donde familias desestabilizadas por la facilidad cultural y legal del divorcio aportarían la sangre nueva modelada desde temprana edad en los pioneros, la escuela secundaria en el campo, o la incorporación al ejército juvenil del trabajo si abandonaban el estudio antes o durante el período previo a los 21 años, el servicio militar obligatorio y finalmente las Juventudes Comunistas. Con el decursar de los años el planteamiento inicial que asociaba la formación del hombre nuevo a la construcción simultánea del socialismo y del comunismo desaparecerá mientras que la institucionalidad formadora de ese hombre nuevo ganará en fuerza y legitimidad.

Las reformas encaminadas a reducir el uso del dinero como vía de avanzar hacia la sociedad comunista tuvieron sus expresiones más cercanas a la población en las medidas para generalizar la gratuidad de los servicios y de supresión de impuestos. A esos efectos, la estatización de las microempresas, el programa de cooperativización y estatización de las propiedades de los pequeños agricultores y, la eliminación del trabajo por cuenta propia a fines de la década del 60 habían aumentado la homogeneidad de los ingresos de la población, ya obtenida con la reducción de las diferencias salariales y entre propietarios y no propietarios mediante las reformas laboral, agraria y urbana a comienzos de la revolución. Ello permitía eliminar los impuestos y generalizar la gratuidad de los servicios y el transporte sin afectar la equidad en la distribución del ingreso.

Como ha dejado en claro la discusión sobre el apoyo cubano a las luchas internacionales comandadas por Ernesto "Che" Guevara, el precio de contar con el apoyo soviético a fines de 1960 pasó por abandonar la lucha armada internacional. Solo para volver a comienzos de los setenta a competir en América Latina y más tarde, a nivel mundial, por liderar aquella lucha en contraposición a las propuestas de los Partidos comunistas de obediencia soviética que sostenían la posibilidad de alcanzar el poder pacíficamente. Se abre así un nuevo espacio a la participación masiva, preparando o preparándose como cuadros de la revolución armada mundial, armando y dirigiendo la infraestructura de inteligencia y subversión y, sirviendo como técnicos y militares en los frentes de batalla internacional (Nicaragua, Angola, Etiopía...).

Este nuevo espacio de participación no será una oportunidad suplementaria para los que eran demasiado jóvenes o aún no revolucionarios durante la lucha contra Batista (1952-1958), la invasión de Playa Girón (abril 1961) o, la lucha contra los bandidos en las montañas del Escambray (1960-1964). En el internacionalismo podrán y deberán participar todos aquellos que aspiren al máximo de excelencia revolucionaria, la heroicidad. Comenzaba la Operación Carlota que involucraría a cientos de miles de militares cubanos y a otros tantos de técnico-militares y de inteligencia convirtiendo al país en una sub-potencia mundial, como gustaba repetir el diario Le Monde hasta mediados de la década de 1980. La participación en combate era una condición para acceder a los altos rangos de las FAR, es creado el título de Héroe de la República de Cuba para los veteranos de la guerrilla y de las luchas de la década de los 1960 como combatientes internacionalistas (Abelardo Colome, Arnaldo Ochoa, Ulises Rosales del Toro, entre otros) y, serán condecorados y accederán a la primera línea de la vanguardia todos los que pasen exitosamente esa prueba.

En este período 1972-1987, marcado por la entrada formal al campo socialista, y donde reconocemos la primacía del proceso de institucionalización de la revolución, ésta se manifiesta como un compromiso entre la mantención del ideal de revolución y de participación en ella y, las limitaciones de la realidad o, los porfiados hechos de que hablaba Lenin. Los *hombres nuevos*

nutrirán a las Juventudes Comunistas y, los mejores de entre ellos, al Partido, así como el internacionalismo de línea armada será ahora parte de la estrategia común de los partidos comunistas de obediencia soviética, consistente con la promoción de todas las formas de lucha.

Como los demás espacios de participación, la institucionalización de la revolución tuvo sus referentes anteriores, donde destaca la elaboración del proyecto de Constitución que finalmente será aprobado en 1976. El director de la Comisión encargada de esa tarea, Blas Roca, pasará años a la sombra trabajando hasta conocer la gloria de darle la Constitución socialista a su país, e inscribir en ella la pertenencia al campo socialista bajo la égida de la Unión Soviética. Muchos de los formadores de los cuadros del Partido Comunista de la década de los sesenta como Carlos Aldana y Humberto Pérez serán los artífices de esa institucionalización en el campo político y en el económico.

La continuidad del líder y de la dirigencia permitía un proceso de participación amplio y el desafío para sus artífices era cómo encausarlo. La fórmula utilizada comprendió la utilización de los comités de defensa de la revolución como unidad movilizadora y legitimadora en la base, convirtiéndose de paso en el instrumento de la generación del poder popular, junto a los sindicatos, las bases locales de la asociación de agricultores pequeños y de la federación de mujeres cubanas, y otros organismos de masas serían los proponentes de los candidatos al Partido; a la vez que esas mismas organizaciones de masas serían enmarcadas y obedientes al Partido Comunista Cubano. Las FAR y los miembros del Ministerio del Interior, aportarían el contingente más numeroso sino mayoritario del Partido, seguidos por los miembros del gremio médico y los sindicatos más vigorosos o numerosos de la Central de Trabajadores (CTC); consagrando la primacía militar e internacionalista.

Al hacer de la institucionalización, en sus etapas iniciales, el resultado del proceso de participación permitió dar una legitimidad a las nuevas instituciones políticas (Consejo de Estado, Asamblea del Poder Popular...) y al Sistema de Planificación Económica. No fue complicado entonces hacer del Partido el eje del funcionamiento del régimen sin despertar el malestar de la población y los conflictos con las organizaciones preexistentes. Pero este éxito no sería explicable fuera del contexto donde se dio ese proceso de participación: el crecimiento sostenido de la economía y el mejoramiento del consumo de la población asociado a los convenios con la Unión Soviética y el CAME, los triunfos militares en Africa, el auge de las guerrillas en América Latina frente a los regímenes autoritarios y la solvencia de la diplomacia cubana en los principales foros y espacios de política internacional. Era como recrear el modelo de la asociación de la población a los triunfos de la revolución, esta vez, a través de la participación en la institucionalización de la misma, pero ahora no en medio de una crisis económica sino en una economía estable, garantizando la expansión del empleo, el acceso a los servicios y la elevación de la calidad de estos y, el paso del racionamiento a la abundancia relativa, sin menoscabo de la igualdad de consumo.

El broche de oro del proceso de institucionalización vía participación popular fue el papel de Fidel Castro en el mismo. El líder máximo resistió el proceso e impulsó la búsqueda de alternativas analizadas anteriormente, dando inicialmente la impresión de aceptarlo como un mal menor y temporal. Mas pronto, fue motivado por la perspectiva de conducir el proceso de participación, así como por la mantención de las instituciones revolucionarias (CDR, CTC, ANAP, FMC..) en el nuevo esquema. Tal vez no percibió que su papel, como el de esas instituciones, sería de instrumento viabilizador del nacimiento y el desarrollo del orden naciente. Junto al

entusiasmo creciente por la Unión Soviética, vino la aceptación de un esquema que le respetaba la concentración del poder, esta vez formalizado en la Presidencia del Consejo de Estado y del Consejo de Ministros, la Comandancia en Jefe de las FAR y la Jefatura del Partido Comunista.

En contrapartida, la institucionalización fue acompañada de un persistente intento por mostrar que el proceso no dependía de un solo hombre (" Fidel acepta la dirección colectiva", rezaba un titular de prensa de la época) y que aquel no se detenía por prolongadas que fueran las ausencias del líder al exterior o su alejamiento de los medios de comunicación. La aspiración de los institucionalizadores era transferir la dependencia del líder a la del Partido y transformar la trilogía Fidel-Patria-Revolución en Partido-Patria-Revolución.

Durante este período es posible observar, al detenerse en los principales espacios de participación, dosis elevadas de centralización del poder –en medio de sucesivas recentralizaciones- que provocan una limitada capacidad de los sujetos participantes para acceder a los procesos de toma de decisiones. Se limita la participación de tal modo que ella aparece fundamentalmente en el momento inicial de formulación de demandas o propuestas, y/o en el momento final de implementación de decisiones, quedando fuera de la acción popular el proceso de convertir la demanda en alternativas y la selección final de una de éstas como decisión.

Todo ello desencadenó una serie de efectos negativos, dentro de los que se destacaban el reforzamiento del sello paternalista de las relaciones políticas, la degradación de las agendas y una marcada tendencia a la formalidad litúrgica, derivada de la percepción de los sujetos convocados, de una participación de pobre efectividad, y por consiguiente, poco atractiva. A pesar de que surgen nuevos mecanismos y vías estatales para aumentar la gestión popular en las actividades de gobierno, se producen retrocesos evidentes en la vitalidad de varios vehículos y fórmulas de participación.

La débil autonomía de los procesos participativos redundó en un desdibujamiento de la sociedad civil "socialista" (entiéndase como tal todo el sistema de organizaciones sociales y de masas, y otras de carácter profesional), quedando ésta altamente dependiente de la sociedad política. La participación devino así una suerte de atributo otorgado por la administración, susceptible de ser sometido a reglas discrecionales por los niveles superiores y no como un elemento capaz de proponer, dinamizar o transformar decisiones que hubieran permitido ser un medio de fortalecimiento de la sociedad civil, y no de su empobrecimiento.

No obstante la velocidad de los procesos de cambio, característica central de la experiencia cubana post-1959, es posible apreciar una ritualización, desde finales de los 70 del proceso de participación, vaciándose de mucho de su sentido y especificidad nacional. Es en la etapa de institucionalización donde florecen y se reproducen fenómenos –manifiestas prácticas de formalismo, burocratismo, paternalismo, desaprovechamiento de mecanismos y espacios participativos, etc.-, que hacia mediados de los 80 plantean la urgencia de una "revitalización" o rediseño de la participación misma, so pena de perecer el proyecto.

3. Repensar la participación en el escenario de la transición.

La primera mitad de la década de los ochenta muestra con toda elocuencia y alcance los lados negativos de las formas institucionales establecidas para enrumbar la participación en las décadas precedentes. La participación se ha hecho rutinaria al quedar estrictamente

reglamentada y sujeta a procedimientos formales de un fuerte sentido utilitario –por ejemplo en función de la comunicación política-, que a la larga no podía sino limitar las capacidades políticas de una sociedad que ya clamaba por oxigenación.

Tal vez 1986 pueda ser considerado como el año político más prolongado desde el triunfo revolucionario de 1959, en lo esencial ocupado por el congreso del PCC en febrero y su sesión diferida que termina en diciembre, en que se daría la partida al **Proceso de Rectificación de Errores y Tendencias Negativas**. "*Ahora si vamos a construir el socialismo*", es la consigna movilizadora que resume la voluntad de cambiar a fondo la orientación y las prácticas políticas del proceso de institucionalización de la revolución. Inspirado inicialmente en la evaluación de la experiencia nacional reciente, el proceso de rectificación de errores y tendencias negativas pronto incluirá la crítica y la prevención de la evolución política y crisis final de la mayoría de los denominados socialismos reales.

La rectificación se proponía así eliminar las deformaciones en la ejecución del proyecto socialista y la reactivación del desarrollo social, de modo especial en el desenvolvimiento económico y el funcionamiento de la vida institucional. No es casual entonces que *la rectificación* se haya planteado explícitamente como un proceso político dirigido a promover la participación de la masa del pueblo, a través de la realización de acciones dirigidas contra las consecuencias de los desaciertos, deformaciones y retrocesos, a la vez que una concientización masiva que permitiera atacar las causas de aquellos y recuperar la autoidentidad específica del socialismo cubano.

Sin embargo, si bien la puesta en marcha de dicho proceso se hace a partir del reconocimiento de la insuficiencia de la participación y denuncia muchos de los hábitos que la obstruyen o limitan; la solución se vuelve a plantear “desde arriba”, permitiéndose poco o ningún espacio a las posibles propuestas que pudieran haberse gestado “desde abajo”. A pesar de que algunos investigadores afirman que este proceso abrió perspectivas al desarrollo de la participación en Cuba, es posible contraponer a ello que la respuesta dada al problema de la participación fue insuficiente, y no modificó en principio el modo con que ella se venía realizando, pues solo introdujo “innovaciones” organizativo-estructurales de carácter instrumental, que no rebazaban los fundamentos y presuposiciones elementales del paradigma de actividad revolucionaria inicial.

A la complejidad del asunto se suma el hecho de que desaparecidos el campo socialista y la Unión Soviética el proceso entrará, o será reemplazado a principios de los 90, por un **Período Especial** para garantizar la sobrevivencia y el carácter socialista del régimen, incluso haciendo concesiones temporales e introduciendo reformas institucionales en la economía, el régimen político y las relaciones internacionales. Sin adherir al socialismo de mercado al estilo de China, la dirigencia política declara su compromiso de mantener y desarrollar un proyecto socialista frente al mercado a la hora de la hegemonía capitalista expresada en el proceso de globalización.

La evolución en zig-zag que imponen los acontecimientos externos y la necesidad de lograr eficacia y competitividad internacional de una economía, que nunca funcionó bien, sin abandonar el proyecto socialista, asociado a las tensiones internas generadas por la incertidumbre y la crisis económica y el derrumbe del nivel de vida de la población, hacen difícil identificar un hilo conductor del proceso que vive Cuba desde 1986. En este trabajo hemos apostado a hacerlo gracias a un análisis sociohistórico que permita, al menos, fijar las coordenadas y las perspectivas

de uno de los componentes de ese proceso: la participación. Nuestra hipótesis básica es que el voluntarismo de la dirigencia cubana la distingue de la de los socialismos reales que siguieron una estrategia de adaptación y asimilación al entorno capitalista hegemónico. Los cubanos nunca han aceptado sus limitaciones y sus camaradas del ex-campo socialista y la desaparecida Unión Soviética de Gorbachov a Yeltsin vivieron en el marco de las suyas, lo que explica según la dirigencia cubana la crisis terminal de sus experiencias y la posterior transición a un capitalismo salvaje.

La transformación de la participación popular en el período de 1987 a la actualidad respondió a dos opciones básicas: transferir nuevamente la movilización popular a las organizaciones de masas (CTC, FMC, Juventudes Comunistas, Milicias Territoriales, CDR...), cambiar su relación con el Partido Comunista, y volver a las raíces del modelo socialista a la cubana. La continuidad de estas opciones durante el período y las formas de participación a que darán lugar en el cambiante escenario de estos años serán analizadas a continuación.

La transferencia de la movilización popular a las organizaciones de masas tiene lugar desde enero de 1987 asumiendo el propio Fidel Castro el papel de informarlas y convocarlas a retomar sus funciones históricas. Dichas organizaciones serán asociadas a campañas para, entre otros objetivos, infundir en la población el espíritu de la Protesta de Baraguá, emulando el gesto de continuar la guerra contra España de Antonio Maceo en 1878, erradicar a los "macetas" (personas enriquecidas practicando actividades económicas prohibidas) o, participar en el recibimiento de ilustres visitantes extranjeros desde jefes de estado africanos hasta el Papa. La modalidad de movilización puede variar en función de la escasez de medios, como cuando las milicias son reorientadas de las prácticas militares a labores de apoyo a la población civil; pero las organizaciones mantienen su vigencia y la movilización su carácter masivo.

En otros casos, la escasez de bienes, la dificultad de garantizar fácilmente la prestación de servicios o la psicosis colectiva respecto a la agresión externa y la adopción de medidas de seguridad recrean escenarios favorables para revigorizar algunas de las funciones históricas de organizaciones como los CDR. No obstante, prácticas básicas del período revolucionario, como el trabajo voluntario, deben ser abandonadas a poco de tratar de reimplantarlas a fines de la década de los noventa, debido a la falta de respuesta de la población, aún en actividades orientadas a resolver problemas graves y urgentes como la producción de alimentos. En estas circunstancias, las fallas en la movilización popular son subsanadas recurriendo a la utilización de jóvenes en servicio militar obligatorio o, de personal militar regular, para realizar esas actividades.

Al transferir nuevamente la función movilizadora a las organizaciones de masas, la dirigencia trata de revertir la tendencia, generada durante la institucionalización de la revolución, a una movilización limitada a los militantes comunistas; buscando reestablecer el carácter popular de la misma. Al mismo tiempo el Partido es renovado en su composición, inyectándole sangre proveniente de las filas de las Juventudes Comunistas, nutridas de esos *hombres nuevos* forjados a partir de fines de los años 1960 y de los más destacados miembros de las organizaciones de masas. Igualmente, serán renovados y rejuvenecidos generacionalmente la Asamblea del Poder Popular y los Consejos de Estado y de Ministros.

La opción por las organizaciones de masas, además, incluye explícita o implícitamente una crítica a las prácticas partidarias durante el proceso de institucionalización y una reformulación de las relaciones organizaciones-Partido. Estas prácticas serán bautizadas de "socialismo",

erigiéndose como la negación misma de la moral revolucionaria y del socialismo.¹ La reformulación de las relaciones organizaciones-Partido llevan a reforzar o restablecer el principio de que las organizaciones seleccionan, el pueblo elige y el Partido incorpora a las esferas dirigentes a los que considera mejores de los elegidos, como sucede en el proceso electoral. El Partido mantiene la última palabra, pero en el marco fijado por la consulta popular y la movilización de las organizaciones de masas.

La novedad lo constituyó la consulta popular masiva introducida en 1991, con motivo de la convocatoria a la celebración del IV Congreso del Partido Comunista de Cuba. En ella se sometieron a discusión en todos los centros de trabajo del país a través de la CTC los problemas planteados por la dirigencia o surgidos directamente de las bases. Esta práctica se repetirá y será reservada a temas centrales como el establecimiento del impuesto al trabajo o la consagración del principio del partido único, asociando y buscando legitimar mediante la consulta popular amplia y organizada las decisiones de la Asamblea del Poder Popular, el Congreso del Partido, o los órganos de decisión del Gobierno. La CTC como organización representativa de los trabajadores tendrá la primacía sino el monopolio de la organización de estas consultas. De hecho en las semanas previas al último Congreso del Partido en octubre pasado, la consulta popular a que fue sometido el documento político del Congreso, donde se consagraba el principio del Partido único, llegó a ser homologada a un plebiscito.

De similar trascendencia para el proceso de participación ha sido la opción de volver a las raíces del modelo socialista a la cubana. Consistente con la adhesión a una concepción radical de la soberanía nacional, fuente del anti-imperialismo hacia los Estados Unidos y de las muestras de independencia y los conflictos con la Unión Soviética antes y durante la incorporación al campo socialista, el nacionalismo es parte esencial del socialismo cubano. La aspiración reiterada por Fidel Castro de que Cuba fuera el último bastión del socialismo internacional será internalizada y presentada como la repetición de la Protesta de Baraguá del siglo XIX, facilitando así la participación popular a un desafío asumido a nombre de la humanidad y del futuro del socialismo. El internacionalismo, al dejar de tener sentido fuera de la isla dado el nuevo contexto mundial, se presenta como una “nueva batalla internacionalista”, pero ahora dirigida a resistir los intentos externos por destruir el socialismo cubano. De igual forma el campo de batalla principal irá trasladándose del campo militar al de la economía, como la participación popular de la resistencia armada a la lucha productiva.

Con la reforma constitucional en 1991 se restablece la plena soberanía menoscabada por el reconocimiento de la égida soviética en 1976, que irá acompañada de una apertura del Partido a los creyentes religiosos, eliminando la exclusión de un grupo de cubanos de una participación política completa. Este último acuerdo no será adoptado sin oposición y marcará un hito en el camino hacia la aceptación, o la adopción oportunista según algunos, de una heterogeneidad en la composición de la vanguardia política, reconociéndose con ello el carácter “revolucionario” de personas venidas de las diversas inspiraciones religiosas o etno-culturales del país. El principal atractivo de esta decisión será el de ampliar el abanico de la participación a las corrientes de pensamiento y acción coincidentes en su reconocimiento del modelo socialista cubano como el ideal a mantener, en el caso de los nacionales, y a alcanzar en el de los no-cubanos. Para la participación popular en Cuba el reconocimiento internacional por las más diversas tendencias

¹ Se le llamó *sociolismo* a todo aquel conjunto de prácticas encaminadas a resolver o decidir entre socios aquello que no era permitido de manera oficial; por ello no es casual que en la palabra se junten los vocablos socio y socialismo propiamente tal.

sirve de aliento y otorga legitimidad a un esfuerzo difícilmente sostenible en un aislamiento internacional prolongado.

Políticamente, la combinación de las opciones por las organizaciones de masas y la vuelta a las raíces del modelo socialista cubano forma parte de una estrategia más general, consistente en rechazar la transición política y aceptar cambios económicos para sobrevivir en los escenarios emergentes. Los cambios en la esfera económica han ido desde la introducción de los impuestos y la drástica reducción de las gratuidades en servicios de utilidad pública y en espectáculos artísticos y deportivos; la legalización de la inversión extranjera en la mayor parte de las actividades económicas; la legalización de la tenencia y circulación de divisas extranjeras, fundamentalmente el dólar norteamericano; hasta la reintroducción y generalización de los mercados agropecuarios y, el establecimiento de cooperativas agropecuarias con mayor autonomía de gestión y derecho a vida sobre la tierra de parte de los productores; la creación del Banco Central, la legalización del funcionamiento limitado de bancos extranjeros y de cuentas en dólares por ciudadanos cubanos, y la legalización del trabajo por cuenta propia y de pequeñas empresas# con mano de obra familiar.

En lo económico el Período Especial, que comenzó planteando medidas temporales para resistir el vendaval post desaparición de la Unión Soviética y el campo socialista, devino una suerte de entre paréntesis. Fue evolucionando hacia la generación de una nueva institucionalidad donde es difícil imaginar la vuelta tal cual a un modelo económico socialista cubano de fines de la década de 1960 o a la versión que quiso ensayarse en el intento interrumpido del Proceso de Rectificación de Errores y Tendencias Negativas. Veamos si los cambios económicos y esta nueva institucionalidad son consistentes con la vuelta a las raíces del socialismo a la cubana, fundamentalmente, en las modalidades de participación.

En un escenario internacional donde el modelo socialista cubano tendrá que funcionar de frente al mercado y a la globalización capitalista, el proyecto de vuelta a las raíces del modelo en sentido estricto cambió con el fin de la Unión Soviética en 1991. La manifestación más concreta fue la aceptación por la dirigencia del Partido y del Gobierno de la necesidad de reemplazar el trabajo voluntario por otra modalidad de participación solidaria en la esfera económica y productiva, quedando la voluntariedad reducida a su mínima expresión en algunos aportes a seguridad social y a la salud de los trabajadores en las empresas operando en divisas.

Cuba sigue siendo una sociedad de trabajadores sin trabajo asalariado capitalista, con diversos regímenes económicos y laborales, donde las condiciones de participación laboral han cambiado desde 1987 a la fecha. Los sistemas de normación y de emulación socialista del trabajo al estilo soviético fueron eliminados, así como muchos de los beneficios corporativos asociados a la participación laboral (comedores gratuitos, acceso a materias primas y productos...). El Estado sigue siendo el garante del empleo, o del seguro al desempleo, de toda persona deseando trabajar; siendo un orgullo para la dirigencia política que la prolongada crisis económica iniciada en 1986 no se ha traducido en desempleo masivo. Sin embargo, ello se ha traducido en mantener subempleada, o sea con bajísima productividad, a más de la mitad de la fuerza de trabajo, representando un desempleo equivalente al 40% de la fuerza de trabajo.

Igualmente, es el Estado quien contrata a los trabajadores del sector de empresas estatales y de las empresas en divisas, a la vez de ser quien autoriza quién y en qué puede trabajar por cuenta propia y quiénes son los miembros de las cooperativas agropecuarias. Este

control se extiende a los trabajadores en el exterior, que para mantener el derecho a entrar y salir del país y a conservar sus propiedades y derechos sociales requieren de un permiso especial temporal y renovable, en unos casos; y, en otros trabajar en base a un convenio de gobierno a gobierno (por ejemplo, parte del personal médico) o del gobierno cubano con empresas extranjeras (personal de la marina mercante, por ejemplo).

La fijación de los salarios efectivamente devengados en todos los regímenes empresariales es hecha por el Estado, independientemente del pagado por las empresas empleadoras del sector en divisas. En principio, el Estado regula las diferencias de ingresos laborales entre los asalariados y los trabajadores por cuenta propia y los productores agropecuarios privados y cooperativistas a través de los impuestos a los ingresos y a las ventas para los residentes en el país; y, a través de la fijación de una contribución obligatoria para los trabajadores en el exterior. Este conjunto de prácticas hace que la asignación y retribución del trabajo y de los trabajadores sean administradas por el Estado y no a través de un mercado de trabajo. Así, la diversidad de regímenes económicos y empresariales que coexisten en el país y la posibilidad de trabajar en el exterior no convierten al trabajo en una mercancía ni, a juicio de los responsables de la política económica, deberían traducirse en diferencias de ingresos laborales muy superiores a los prevalecientes en la economía socialista pre-crisis actual.

Las consecuencias económicas de este complicado régimen laboral sin trabajo asalariado capitalista se manifiestan en la imposibilidad que tiene un ciudadano cubano de desarrollar empresas con trabajadores no familiares, desincentivando el ahorro y la inversión interna cuyo papel es central en economías socialistas como la china y la vietnamita. Se condena además al sector de empresas estatales que no operan el sector en divisas a una bajísima productividad laboral y a no ser rentables económicamente por un largo plazo que recién comienza, lo mismo que a establecer una tasa cambiaria en función de mantener el estímulo laboral a la masa de trabajadores con salarios exclusivamente en pesos, aunque al hacerlo se comprometa la posibilidad de lograr ampliar sostenidamente el número de empresas rentables y competitivas internacionalmente. La crítica al "economicismo" o prioridad de los principios económicos sobre los políticos que inspiró el Proceso de Rectificación de Errores y Tendencias Negativas muestra así su vigencia, contra viento y marea, en los cambiantes escenarios desde 1987, donde la prioridad de los principios políticos equivale al compromiso con la construcción del socialismo a la cubana.

El costo para el proceso de participación de tan complicado régimen laboral es el reemplazo del trabajo voluntario por la imposición burocrática de la solidaridad y el florecimiento de prácticas generalizadas de ausentismo laboral, el robo en las empresas estatales, el "cuentapropismo" ilegal, el incumplimiento de los compromisos laborales de los cooperativistas en las empresas estatales agropecuarias y otras similares. El *sociolismo* del pasado no ha muerto y es reforzado ahora por la doble moral que rige la participación económica ciudadana. El ciudadano no puede vivir ni prescindir de lo que obtiene en la economía formal, por lo que defiende sus derechos socialistas y cree legítimo, a la vez, actuar bajo el imperativo de "resolver" que funda la flexibilidad moral en la economía sumergida o informal.

La legitimación de la tenencia y circulación de divisas por la población, asociado al origen principal de las mismas en las remesas familiares y las actividades ilegales en el sector en divisas, hacen que los ingresos por esos conceptos sean equivalentes como proporción del ingreso nacional. Con ello se genera una desigualdad en la distribución del ingreso que, lejos de paliar,

agrava el acceso universal a los bienes distribuidos mediante la libreta de racionamiento a precios subsidiados y los servicios gratuitos. Se contribuye de ese modo a conformar una extraña sociedad socialista donde tener FE (familia en el exterior) u operar en el mercado negro determina el ingreso económico de los hogares tanto o más que el trabajo. Los cambios macroeconómicos necesarios para revertir esa situación en favor del trabajo solo podrán ser logrados en el largo plazo, tan largo que Fidel Castro y los responsables de la conducción económica del gobierno prefieren dejarlo indeterminado.

La conducción del proceso de rectificación y sus sucedáneos desde 1987 a la fecha ha estado a cargo de Fidel Castro, con una personalización del poder reflejada en el lema "FIDELIDAD" a la Patria, a la Revolución y a Fidel. El juego de palabras entre el lema y el nombre del líder no puede ser más expresivo. Es él quien inicia la transferencia de la movilización popular a las organizaciones de masas, quien escoge el escenario de sus reuniones para analizar provisoriamente la crisis del campo socialista y la Unión Soviética, para anunciar el Período Especial, para denunciar el bloqueo norteamericano y, para seguir la evolución de la economía manteniendo una ambivalencia con respecto a los cambios o reformas y un compromiso inquebrantable con las conquistas de la revolución. Un Fidel Castro que reemplazó *el Patria o Muerte* de la revolución por el *Socialismo o Muerte* en su incierta transición.

La personalización de poder en escenarios que obligan a constantes cambios institucionales y al debilitamiento del Estado y la institucionalidad socialista, aumentan la predominancia del líder sobre el aparato estatal y partidario. Esta realidad lleva a quienes desde el exterior buscan provocar o favorecer la transición en Cuba a optar por dejarla en manos de Fidel Castro o hacerla equivalente a su desaparición política. Fidel es Cuba para la prensa internacional y para la dirigencia política que lo ve mantenerse como símbolo de la resistencia a transar el socialismo y emerger con un discurso moral condenatorio del mundo post Guerra Fría de la globalización capitalista. El reconocimiento internacional impresionante de este poder personalizado tiene su efecto positivo en la mantención de la capacidad de conducir el proceso de participación y de hacerlo sin alternativa visible en sus propias filas y en las de la oposición al régimen que personaliza. La contrapartida es que al alargarse la espera sobre el desenlace cubano, el líder envejece y el socialismo que predica es ya obsoleto como proyecto general y sufre el deterioro de la crisis económica y de la incertidumbre en la propia Cuba. Un escenario que paradójicamente favorece la crisis de sucesión del líder y lo convierte en fuente de inestabilidad del proceso que conduce.

Es en ese cuadro donde los sucesores y la sociedad civil pugnan por emerger en la realidad cubana. Sin embargo, pese a lo que pudiera parecer el *Período Especial* no ha significado inmovilismo social, el remozamiento de la dirigencia política y la "sociedad civil socialista", la reducción de los efectivos militares regulares y la vinculación mayor de las fuerzas armadas a las actividades económicas, así como los propios cambios económicos aumentados desde 1993, avalan esta afirmación. Los procesos de cambio que han tenido lugar en la última década han sido asociados también a la emergencia de grupos de interés y actores sociales en los ejes principales de las relaciones Estado-sociedad civil.

Han sido esos mismos cambios asociados a la crisis, ya sea a través de las reformas económicas o de soluciones ad-hoc, quienes han provocado una diferenciación de grados en el consenso nacional, en la medida en que los intereses sociales tienden a verse no solo como contradictorios sino también como conflictivos. Es cierto que los procesos experimentados en los

noventa han desencadenado la presencia de grupos con intereses profesionales, sexuales, religiosos, etc., que tratan de lograr una identidad buscando las organizaciones ya establecidas como interlocutores ante la carencia de nuevos espacios; sin embargo, es válido reconocer que dichos grupos no conforman la gran mayoría y por lo general sus problemas no conmueven al resto.

La “nueva” pluralidad creciente del entramado social cubano incluye nuevos actores sociales (empresarios, “cuentapropistas”, etc.), también viejos que ahora son delineados, y disímiles intereses. Lo que es difícil percibir es un solo interés común *hacia...*, sino que éstos pueden derivarse en muchísimos, tantos que se complica la posibilidad de encontrar intereses comunes con capacidad de negociación frente al Estado. En ello mucho tiene que ver la percepción de los sujetos de lo que acontece y las perspectivas que se le ofrecen a la participación teniendo en cuenta el estado de cosas actual. Los resultados de una encuesta aplicada recientemente en La Habana arrojaban una inconformidad con los espacios participativos que actualmente existen en el país (entiéndase fundamentalmente organizaciones políticas y de masas, incluyendo los sindicatos), en tanto éstos no permiten influir en la toma de decisiones. Aparecía como un hecho particularmente relevante que un 40% de los encuestados considerara que *ninguno* de los espacios existentes era capaz de asumir dicho reto.

A lo anterior se sumaba un grado considerable de insatisfacción con la canalización de los intereses sociales a través de los espacios sociales existentes en el país, lo que indicaría una necesidad imperiosa de revisión de los objetivos y gestión de los mismos, así como un análisis más detallado de las razones que pueden estar incidiendo en la percepción de los encuestados. Junto a ello puede inferirse que si los espacios existentes no satisfacen, por lo general o solo en parte, los intereses sociales es bastante probable que se produzca una acumulación de inquietudes que no estén siendo canalizadas debidamente, lo que podría resultar problemático a la hora de pensar en la democratización del país. Contra ello conspira el bajo nivel propositivo existente en el momento de considerar otros espacios que podrían contribuir a la satisfacción de dichos intereses, sugiriéndose solo en contadas ocasiones las organizaciones oficiales.

La sociedad civil, a su vez, alimentada en su crecimiento y vigorización por la expansión de la esfera privada de la vida cotidiana y de la autonomía personal necesaria para paliar el eclipse del Estado como proveedor de empleo y de bienestar social, comienza a poner en jaque al tejido organizacional del orden socialista. La ilegalidad que frena la organización de los grupos sociales y de interés emergentes de los cuentapropistas a los intelectuales contestatarios, y la atomización de la oposición o “disidencia” interna hacen que las iniciativas autónomas al interior de las mismas organizaciones de masas del régimen y, el referente y capacidad movilizadora de organizaciones como la Iglesia Católica, llenen el vacío organizacional de buena parte de la sociedad civil emergente. Ello hace del reformismo una corriente importante dentro del régimen, y de la religiosidad una vía de canalización de una participación popular que busca angustiada un camino hacia el futuro que el régimen no logra ofrecerle.

4. A manera de conclusión.

El gobierno y el PCC pueden estar satisfechos del éxito de los cambios introducidos al modelo de participación desde 1986 hasta nuestros días. Ellos aprendieron muchas de las lecciones de las crisis terminales de la mayoría de los socialismos reales, de las crisis y eventuales recuperaciones de los partidos comunistas de esos países y de las experiencias

políticas de China y Vietnam desde que comenzaron sus reformas económicas. La estrategia de formación del *hombre nuevo* durante el período de institucionalización de la revolución, le permitió contar con cuadros para la renovación generacional del gobierno, el partido y las organizaciones de masas. Sin embargo, la revitalización del proceso de participación propuesta en 1986 no se proponía un rediseño de la participación misma, sino solamente reactivarla, usando mecanismos que habían dado frutos en los primeros años de la Revolución, pero que al ser trasplantados a un contexto muy distinto, podían ser de dudoso éxito. Esta solución, para ser duradera, requiere enfrentar el desafío de forjar un futuro donde la juventud actual tenga un lugar aceptable. Las noticias no son buenas en ese sentido, como lo muestra la crítica de los órganos de la juventud comunista a la resistencia de los jóvenes a aceptar los puestos de trabajo disponibles actualmente prefiriendo quedarse en casa protegidos por sus familias.

La reconciliación familiar y la redefinición de la nación y de su relación con el Estado emergen como enemigos respetables del proyecto de refundar la sociedad civil socialista e impedir el desarrollo de la ciudadanía y la sociedad civil "sin apellido". Ambos procesos, se iniciaron cuando los "gusanos se volvieron mariposas" en la década de los ochenta, al abrir el gobierno las compuertas a la comunidad cubana en el exterior y desaparecer el anatema contra los contactos entre familiares "revolucionarios y contrarrevolucionarios". Su devenir ha conocido un desarrollo inusitado al sellarse, a través de las remesas, la solidaridad familiar entre las comunidades nacionales en Cuba y en el exterior. Las relaciones familiares han adquirido plena autonomía y vigor al constituirse la solidaridad entre ellas en un factor decisivo para enfrentar anímica y económicamente los años duros y sin fin previsible del Período Especial. A la vez que la relación entre las comunidades en la Isla y en la Diáspora ha permitido restablecer una identidad nacional cubana no determinada ideológicamente por el gobierno o su oposición. El control de la nación pareciera cada vez más escapársele a las manos del Estado.

La mayoría de los especialistas interesados en la crisis de sucesión en Cuba parecen apostar a un final a la Stalin que a la variante Mao Zedong o las alternativas Hochimín y Deng. La referencia a la heterogeneidad de experiencias de sucesión en los regímenes socialistas no la hacemos para desconocer la dificultad de las mismas, sino para alertar contra la recurrente demonización de Fidel Castro. El clima generado después de la visita del Papa ha favorecido nuevamente la emergencia de una expectativa positiva sobre el papel que el Presidente Castro puede jugar en su sucesión, demostrando que el suyo no es un caso cerrado. En términos de participación, la inestabilidad política que introduce la sucesión de un líder que sigue luchando, tiene su contrapartida en la capacidad movilizadora que esa lucha puede tener en la población.

Al introducir el mecanismo de consulta popular a través de las organizaciones de masas el gobierno y el partido han abierto la *caja de pandora* de las modalidades de participación, en un contexto donde los cambios económicos y la incapacidad del Estado de controlar y asegurar la vida de la población favorece el desarrollo de la autonomía personal, o sea de la ciudadanía. El movimiento democratizador encuentra en las condiciones internas el motor para su expansión y organización, máxime cuando la tentación totalitaria del gobierno y el partido de persistir encuentra los estrechos límites que le impone la imposibilidad de recurrir nuevamente a la migración masiva de descontentos y a la supresión de los empresarios y trabajadores no estatales.

Todo ello nos hace pensar que en las presentes circunstancias históricas, a las demandas puramente instrumental-organizativas de perfeccionamiento de la participación se adiciona un problema cardinal: la necesidad de redefinición de la participación misma. Esta demanda se

enfrenta a serios desafíos que tienen que ver con la suerte de apatía social que ha generado la preocupación prioritaria por la supervivencia cotidiana, la poca credibilidad en las instituciones o canales actuales de participación, el bajo nivel de propuesta de creación de nuevos espacios, la inexistencia o por lo menos el desconocimiento de un proyecto y/o líder que convoque y la desarticulación de la sociedad civil para asumir dichos desafíos.

No cabe duda que la sociedad cubana clama por una oxigenación democrática en todos los ámbitos de su vida, y no solo en la política, como pudiera pensarse. En medio de este desafío, lo que Cuba ni los cubanos deben olvidar es la apronta ética que se le presenta a toda sociedad cuando decide promover un proceso de cambio, y es realizarlo de acuerdo a sus posibilidades y peculiaridades. Esto no puede lograrse tan solo con el desarrollo científico-técnico, sino con la dimensión comunicativa, expresiva y con la memoria histórica de cada pueblo. Por ello, a pesar de que la coyuntura en que actualmente se encuentra Cuba pareciera estar predeterminada a una salida violenta que concluya implantando un capitalismo feroz y descartando tajantemente la revolución, la sociedad ha de caminar para construir una alternativa en que se incorpore la herencia de la revolución en una sociedad democrática.

Por estas razones es que el tema de la participación reasoma con un potencial, que de aprovecharse, permitiría vincularlo a otro no menos peliagudo como el de la democratización, permitiendo reemplazar la dinámica de un cambio como resultado de presiones externas o superación del caos, hacia una agenda de cambios negociada, fruto de la participación democrática. Ello sería posible, si al unísono, la ideología transitara, en consecuencia, de ideología heroica inspirada en la unidad indiferenciada, a la ideología de la diferencia en la unidad, del heroísmo cotidiano, en una palabra, hacerse profana. La Cuba que todavía es posible sólo lo será en la medida en que la reflexión crítica, fruto de una participación democrática, sobre su historia, la experiencia de la Revolución y el socialismo puedan generar un discurso pluralista y tolerante que contribuyan a imaginarnos, y por qué no construir, una Cuba que supere los últimos 39 años al tiempo que no sea una vuelta a la que existió antes de 1959.

BIBLIOGRAFIA²

a. Referencias generales.

Carranza, Julio, Monreal, Pedro, Gutiérrez, Luis. *Cuba, la reestructuración de la economía. Una propuesta para el debat*, Editorial de Ciencias Sociales, Habana, 1995.

Castro, Fidel. “*El movimiento 26 de julio*”, En revista Bohemia, abril 1 de 1956. Reproducido en Pensamiento Crítico #31, Agosto de 1969.

El partido marxista leninista. Editorial Rosa Blindada, Buenos Aires, 1965 Chile 1971:

² Más que una bibliografía detallada para evaluar y profundizar el análisis y conclusiones de este artículo hemos seleccionado algunos trabajos generales sobre la experiencia cubana que cubren desde los comienzos revolucionarios en 1959 hasta la crisis actual y los principales estudios sobre el proceso de participación en ese período, incluyendo los trabajos de los autores donde desarrollamos aspectos del presente artículo.

Habla Fidel Castro. Editorial Universitaria, 1971.

Ideología, conciencia y trabajo político, 1959-1986. La Habana, 1986.

Por el camino correcto. Compilación de textos (1986-1989), Editora Política. La Habana, 1987.

En la trinchera de la revolución. Selección de discursos, (7 de diciembre de 1989 a 7 de marzo 1990, Editora Política, La Habana, 1990.

Informe al Buró Político. V Pleno del Comité Central, Granma, 27 de marzo de 1997, La Habana.

Cepal. *La economía cubana. Reformas estructurales y desempeño en los noventa*, México: Fondo de Cultura Económica, 1998.

Domínguez, Jorge I. *Cuba: Order and revolution*, Cambridge, Mass, Harvard University Press, 1979.

"*Political Sucession in Cuba*". En *Third World Quarterly*, Vol 10 # 1, January.

Eckstein, Susan Back from the future: *Cuba under Castro*. Princeton University Press, Princeton N.J. 1996.

Ferriol, Angela. *Situación social en el ajuste económico*, Instituto Nacional de Investigaciones Económicas, 1995.

Font, Mauricio y Centeno, Miguel Angel Eds. *Towards a new Cuba? Legacies of a Revolution*. Lynne Rienner Publishers, Boulder, Colorado, 1997.

González, Alfredo. *Modelos económicos socialistas: escenarios para Cuba en los años noventa en Cuba*, Investigaciones Económicas #3, La Habana Cuba, octubre 1995.

Guevara,Ernesto. *Obras 1957-1967*, Casa de las Américas, Habana, 1969.

Mesa-Lago, Carmelo. *Breve historia económica de la Cuba socialista. Políticas, Resultados y Perspectivas*, Madrid, Alianza Editorial, 1994.

Are economic reforms propelling Cuba to the market? New York, Council on Foreign Relations, 1994.

Partido Comunista de Cuba. Convocatoria al V Congreso del PCC. En Granma, La Habana, 17 de abril de 1997.

El partido de la unidad, la democracia y los derechos humanos que defendemos. Proyecto al V Congreso del PCC. Habana, Editora Política, mayo de 1997.

Resolución económica al V Congreso del PCC. En Granma Internacional, suplemento

especial, 22 de febrero de 1998.

Pérez López, Jorge. *"The Cuban Economy: Rectification in a changing world"*, in Cambridge Journal of Economics, 16 pp 112-126.

Pérez- Stable, Marifeli. *La revolución cubana: Orígenes, curso, y legado*, Editorial Colibrí, Madrid, 1998.

Ritter, Archibald. *The Economic Development or Revolutionary Cuba: Strategy and Performance*, New York, Praeger, 1974.

"La dualidad del tipo de cambio en la economía cubana de los noventa". En Revista de la CEPAL, Stgo. De Chile, 1991.

Rodríguez, Carlos Rafael. *"En el proceso de construcción del socialismo la política debe tener prioridad"*, En Economía y Desarrollo #25, Instituto de Economía de la Universidad de la Habana, nov-dic., 1974.

Letra con filo: análisis y defensa de la economía. La Habana, 1983.

Rodríguez, José Luis. *Estrategia del desarrollo económico en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana Cuba, 1990.

Solidaridad de Trabajadores Cubanos. *La crisis nacional y el movimiento de los trabajadores*, Caracas, 1997.

Varios autores. *Cuba, a la luz de otras transiciones*, En Revista Encuentro de la Cultura Cubana, Otoño-invierno de 1997.

b. Referencias participación.

Acosta, Elaine y Rodríguez, Lileana. *Cuba: Paradojas y Revolución*, en proceso de publicación como cuaderno de ILADES, Santiago de Chile, 1998.

Aguirre, Benigno. *"The conventionalization of collective behavior in Cuba"*, American Sociological Review, vol. 90, No. 3, 1984.

Cunill, Nuria. *Participación ciudadana. Dilemas y perspectivas para la democratización de los Estados latinoamericanos*, Centro Latinoamericano de Administración para el Desarrollo (CLAD), Caracas, 1991.

Escalona, Mario y Anguero, Nisia. *"La participación popular en la gestión estatal en Cuba"*, En Revista Cubana de Administración de Salud, julio-septiembre de 1979.

Dilla, Haroldo y González, Gerardo. *Participación y desarrollo en los municipios cubanos*, Centros de Estudios de América, Habana, 1979.

Dilla, Haroldo, compilador. *La democracia en Cuba y el diferendo con los Estados Unidos*, La Habana: Centro de Estudios de America, 1995.

Dilla, Haroldo, compilador. *La participación en Cuba: los retos del futuro*, Centro de Estudios de América, La Habana, 1996.

Hernández, Rafael y Dilla, Haroldo. “*Cultura política y participación en Cuba*”, En Cuadernos de Nuestra América, Vol. VII, #15, julio-diciembre 1990.

Huerta, M. Antonieta y Pacheco, Luis. *Reflexiones sobre democratización y democracia participativa*, En Persona y Sociedad, vol. VIII, No. 1-2, Stgo de Chile, 1994.

León, Francisco. “*La violencia revolucionaria*”, En Revista Mensaje, No. 175, Vol. XVII, Stgo. De Chile, diciembre de 1968.

“*Cuba: procesos y dilemas*”, Estudios Internacionales, No. 99, julio-sept. 1992, publicado también como “*La encrucijada cubana actual*”, Revista Cono Sur, vol. X, No. 6, Nov-Dic. 1991, “*Socialismo and Sociolismo: social actors and economic change en 1990s, Cuba*”, Font, M y Centeno M.A., 1997.

“*Crisis económica, democratización y cultura política*”. Trabajo presentado en el panel de ese título en el XVI Congreso de la Asociación de Estudios del Caribe. “Política, cultura e identidad caribeña”, 21-24 de mayo 1991 en La Habana. Reproducido en Revista Paraguaya de Sociología, 1996.

“*La negociación de la transición*”, en Revista Encuentro de la cultura cubana, Madrid, otoño-invierno 1997.

“*Condicionalidad internacional y participación democrática en la transición cubana*”, En Alamos, Font, M. Gilhon, J.A. y León, F. Editores. Integración Económica y Democratización. Cuba y América Latina. Instituto de Estudios Internacionales, Santiago 1998.

Martínez Heredia, Fernando. *Cuba: problemas de la liberación, la democracia y el socialismo*, ponencia presentada al XVIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, La Habana, 1991.